

Javier R. Alegre

Bourdieu y las condiciones sociales de la eficacia simbólica del lenguaje

Resumen: *El presente artículo aborda la teoría de Bourdieu sobre lenguaje e intercambios lingüísticos y su vinculación con otros procesos y prácticas sociales. Para ello, desarrollamos conceptos centrales dentro de su sistema teórico –tales como violencia, poder y dominación simbólicas– y analizamos su propuesta a contraluz de otras teorías lingüísticas que critica y de las convicciones iniciales que guiaron el giro pragmático.*

Palabras claves: *Violencia simbólica. Dominación simbólica. Giro pragmático. Bourdieu.*

Abstract: *This article undertakes Bourdieu's theory about language and linguistic exchanges and its association to other social processes and practices. Thus, we develop central concepts of his theoretical system –such as symbolic violence, power and domination– and analyze his proposal in contrast to other linguistic theories criticized by him and the initial convictions that guided the pragmatic turn.*

Keywords: *Symbolic violence. Symbolic domination. Pragmatic turn. Bourdieu.*

Dentro de las muy disímiles reapropiaciones que se han hecho del *giro pragmático* iniciado a mediados del siglo XX por Austin y el segundo Wittgenstein, las reflexiones de Pierre Bourdieu se destacan por proponer una visión

no consensualista de los procesos lingüísticos basada en la existencia de una correlación entre los elementos del mundo lingüístico-simbólico y los del mundo social, por lo que toda relación de fuerza es también una relación simbólica y, viceversa, toda fuerza debe ser reconocida para que actúe eficazmente y todo reconocimiento simbólico se base en la dispar distribución de fuerzas dentro del espacio social. Los análisis lingüísticos de Bourdieu tienen como referencia la estructuración del espacio social y el modo de funcionamiento de las múltiples fuerzas que lo componen y a partir de allí se remontan hacia la capacidad que posee el lenguaje para legitimar los distintos tipos de capitales y poderes que están entrelazados con dichas fuerzas; sus indagaciones tienen como eje las formas en que se constituyen y desarrollan las distintas prácticas y campos sociales y alcanza al lenguaje en cuanto participe necesario de sus estructuras y dinámicas. De aquí que las reflexiones bourdieusianas en torno del lenguaje se preocupen por esclarecer las formas en que violencia y poder simbólicos se presentan, transforman y producen efectos reales en los diferentes ámbitos.

En relación con esto, dedicamos el presente artículo a abordar cuestiones y conceptos centrales de la teoría bourdieusana sobre los intercambios y prácticas lingüísticas, con el propósito particular de analizar la manera en que el lenguaje logra su eficacia simbólica y la relación que presenta con fenómenos cardinales como la violencia y dominación simbólicas. Al precisar esto, estaremos en condiciones de señalar las

principales virtudes y riesgos del modo en que es recuperada la fuerza pragmática del lenguaje en la perspectiva agonística bourdieusiana.¹ Para ello, hemos estructurado el artículo en cuatro partes. Comenzamos (I) por abordar las características y alcances de dos conceptos claves con que Bourdieu piensa la relación entre lo simbólico y lo social: *poder simbólico* y *violencia simbólica*. Luego, (II) exponemos las críticas que Bourdieu realiza a tres teorías del lenguaje, señalamientos que sirven para comprender los ejes centrales de su propia perspectiva. A continuación, (III) desarrollamos la concepción bourdieusiana del lenguaje y especificamos sus relaciones con la dominación simbólica. Y, por último, (IV) presentamos algunas apreciaciones evaluativas finales que buscan brindar una visión de conjunto y exponer ciertas virtudes y riesgos de su teoría, a la luz de las fuentes de las que abrevia.

I. Violencia y poder simbólicos

En Bourdieu hay un esfuerzo por conjugar la visión marxista, acerca de que la sociedad se constituye con base en relaciones de fuerza, con la visión weberiana de que lo hace en torno de relaciones de sentido; la constante articulación de estas dos facetas es uno de los sellos distintivos de sus esfuerzos teóricos. Esto queda particularmente de manifiesto en sus conceptualizaciones sobre dominación, violencia y poder simbólicos, conceptos a través de los cuales busca alejarse de las resonancias sustancialistas e intelectualistas que encuentra en las nociones de clase social e ideología del marxismo, sin por ello abandonar los beneficios teóricos que halla en esta línea teórica. Para Bourdieu las estrategias de imposición simbólica incardinan directamente en, y sirven para reforzar, las prácticas propias de los distintos grupos e instituciones y están fuertemente engarzadas con las estrategias económicas, políticas y culturales, las cuales, a su vez, deben someterse a la dinámica propia de las luchas y reconocimiento simbólicos. Tanto el reconocimiento como las características del capital simbólico ligan directamente con la dominación: por un lado, todo acto de percepción y clasificación

del mundo social es un acto de dominación, de búsqueda de que una imposición se transforme en legítima, y, por el otro, dado que el capital simbólico está basado en el reconocimiento de los demás tipos de capital y que la dominación implica el reconocimiento de los sometidos hacia las atribuciones simbólicas del dominante, toda dominación es simbólica; “la dominación, incluso cuando se basa en la fuerza más cruda, la de las armas o el dinero, tiene siempre una dimensión simbólica, y los actos de sumisión, de obediencia, son actos de conocimiento y reconocimiento que, como tales, recurren a estructuras cognitivas susceptibles de ser aplicadas a todas las cosas del mundo y, en particular, a las estructuras sociales” (Bourdieu, 1999, 227).

La dominación, y en especial la dimensión simbólica de toda forma de dominación, es central en la comprensión del mundo social; la estructuración de los diferentes campos se da en torno de las luchas de dominantes y dominados por adquirir aquello que se considera como legítimo y valioso según la lógica simbólica propia del campo. Ahora, la dominación en la visión bourdieusiana no se ejerce de modo directo entre diferentes clases o sectores, sino que es más bien el resultado de redes de coacciones entrecruzadas formadas a partir de la estructura y lógica propias de un campo, en las que ciertos grupos poseen recursos más cuantiosos y apropiados que otros. Toda dominación se impone gracias a las condiciones estructurales que favorecen a los grupos dominantes, pero para llevarse a cabo necesita ser aceptada como legítima por parte de los diferentes integrantes del campo, sólo puede efectivizarse gracias a la *sumisión dóxica* de los dominados, sumisión que implica la reproducción activa de las estructuras sociales y que está ligada con las disposiciones pre-reflexivas del *habitus* y no con procesos de tipo consciente. La eficacia de la dominación simbólica reside en que es impuesta por quienes detentan mayores capitales y recursos simbólicos y es ejercida con la participación activa de quienes son los receptores de ella, lo cual refuerza la correspondencia entre las posiciones que ocupan en el espacio social y las representaciones y *habitus* que son esperables de acuerdo con cada posición; “toda dominación simbólica implica por parte de quienes la sufren

una forma de complicidad que no es ni sumisión pasiva a una coerción exterior, ni adhesión libre a los valores” (Bourdieu, 1982, 36).

Por ello, la dominación simbólica vuelve necesario superar la alternativa entre libertad o coerción ya que el tipo de violencia que le es propia –suave, disimulada, libre de la necesidad de actos intimidatorios expresos– actúa solamente sobre los agentes que están predispuestos a ser influidos por ella debido al proceso de formación y adquisición de conductas y capacidades (físicas, cognitivas, lingüísticas, etc.) en que se han desarrollado. En la visión bourdieusiana, todas las relaciones cognitivas y comunicativas son a la vez relaciones de violencia y poder simbólicos en tanto que se basan en, y plasman, relaciones inequitativas entre los integrantes de la sociedad, relaciones desiguales que quedan disimuladas, ocultas y justificadas tras el carácter compartido, multidireccional y legitimado de los intercambios simbólicos. Los sistemas simbólicos son instrumentos de conocimiento y de dominación, producen integración cognoscitiva e integración social a un orden arbitrario; estas funciones se dan en conjunto, están estrechamente interconectadas y son interdependientes (sólo puede separárselas *en el papel*, teóricamente).

Lo mismo ocurre entre las relaciones de fuerza y de sentido, la cualidad específica de la violencia simbólica reside en imponer significaciones que convierten los arbitrios culturales en principios universales y ahistóricos en que las relaciones de fuerza quedan enmascaradas bajo la forma de relaciones simbólicas; en este efecto transfigurador yace la particularidad y efectividad de la violencia simbólica: “*violencia censurada y eufemizada*, es decir, desconocida y reconocida. (...) La *violencia simbólica* es, en efecto, esta forma de dominación que, superando la oposición que se hace comúnmente entre las relaciones de sentido y las relaciones de fuerza, entre la comunicación y la dominación, no se realiza sino a través de la comunicación bajo la cual se disimula” (Bourdieu, 2007, 62-4). En tanto que violencia larvada, invisibilizada, la violencia simbólica obtiene su fuerza de la desigual distribución de capitales en los distintos campos y tiene la capacidad de que esas relaciones de fuerza se expresen bajo la forma de relaciones

de sentido y queden legitimadas. A través de la acción de la violencia simbólica, las relaciones de dominación y sumisión se transforman y adquieren la fisonomía de relaciones institucionales, afectivas o de carisma, es testimonio de la presencia (irreconocible) de violencia en aquellos ámbitos y relaciones en que es imposible para los agentes descubrir la existencia de violencia.

Así, violencia y dominación simbólicas se sostienen mutuamente y forman un continuo que se refleja tanto en sus efectos como en sus notas comunes. La violencia simbólica puede ejercer su acción únicamente a partir de que quienes son receptores de esa violencia tienen la predisposición a ser influidos de cierta manera con base en las coincidencias que poseen con quienes la ejercen, las que devienen en una adhesión *forzada* que tiende a reforzar las predisposiciones y confirmar la distribución de fuerzas. La efectividad de la violencia simbólica reside en que pone en funcionamiento los sistemas de percepción y clasificación que ya han sido incorporados previamente por los agentes debido a la estructuración general del espacio objetivo y a la potencia del *habitus*, las que actúan en forma conjunta y generan recepciones simétricas en dominantes y dominados, “la violencia simbólica se basa en la sintonía entre las estructuras constitutivas del *habitus* de los dominados y la estructura de la relación de dominación a la que ellos (o ellas) se aplican: el dominado percibe al dominante a través de unas categorías que la relación de dominación ha producido y que, debido a ello, son conformes a los intereses del dominante” (Bourdieu, 1997, 197). Dado que la violencia simbólica está sólidamente incardinada en disposiciones pre-reflexivas incorporadas y estabilizadas no puede ser erradicada mediante discursos o predicaciones argumentativas, su nivel de anclaje reside en esa especial vinculación entre condiciones sociales y técnicas corporales que excede largamente los ámbitos conscientes.

Las estrategias de los agentes dentro de un campo se orientan de acuerdo con su direccionamiento hacia el monopolio de la violencia simbólica y pueden tender a la conservación o subversión de la distribución del capital propio del campo; en este enfrentamiento por la posesión de la violencia legitimada (*luchas simbólicas*) los

agentes toman parte comprometiendo el capital simbólico que adquirieron con anterioridad y se juega la definición simbólica del mundo social. Aquí también queda expresado el carácter agnóstico de las relaciones y de la constitución de la realidad social: las luchas simbólicas son el factor clave en el establecimiento de las clases lógicas a través de las cuales los agentes perciben el mundo social y contribuyen en la reproducción o transformación del orden establecido, “la lucha, que se halla en el principio mismo de las distribuciones, es inseparablemente (...) una lucha por la imposición de la manera legítima de percibir la relación de fuerzas manifestada por las distribuciones, representación que puede, por su propia eficacia, contribuir a la perpetuación o a la subversión de esa relación de fuerzas” (Bourdieu, 2010, 227).

Lo que está en juego en las luchas simbólicas y en el ejercicio de la violencia simbólica es, en definitiva, el poder simbólico, el cual encierra la capacidad de constituir la realidad a partir de organizar la percepción del mundo social y posee los mismos rasgos que los demás componentes simbólicos, sustentados en intercambios en que todos los implicados (dominantes y dominados) desarrollan una complicidad activa mediante la que se asegura el reconocimiento de legitimidad para dicho poder y, por lo tanto, el desconocimiento de su carácter arbitrario y de la violencia ejercida a través de él; “el poder simbólico es, en efecto, ese poder invisible que no puede ejercerse sino con la complicidad de los que no quieren saber que lo sufren o incluso que lo ejercen” (Bourdieu, 2005, 66). El poder simbólico resulta de la posesión y transfiguración de las otras especies de poder, es el que provee de legitimidad para que un agente actúe en un campo a partir de la transformación de los distintos tipos de capital en capital simbólico, tarea crucial en la que cumplen un rol determinante las prácticas lingüísticas –“el poder simbólico es un poder de hacer cosas con palabras” (Bourdieu, 1996, 141)–; aunque, como precisaremos más adelante, las condiciones sociales estructurales adquieren en Bourdieu una relevancia mucho mayor que en Austin y reflejan una continuidad entre la estructuración y las fuerzas del espacio social y los mecanismos intervinientes en el funcionamiento

del lenguaje. La lógica de los universos simbólicos dista tanto de la mera inmanencia a la comunicación entre los participantes como de servir nada más que a la dominación por parte de los grupos hegemónicos, pero tampoco puede desligarse unilateralmente de estos factores ya que, como vimos, las relaciones de fuerza y de sentido se nutren y refuerzan entre sí; el mundo simbólico es así un mundo bifronte en que se da la simbiosis entre componentes que a primera vista se presentan como contrarios e irreductibles, pero que en último término se sostienen gracias al aporte de aquello que aparece como su opuesto.

II. Tres críticas que delimitan la propia teoría

Dedicamos este tramo a examinar las críticas que Bourdieu realiza en diferentes partes de su obra a tres teorías sobre el lenguaje pues sirven para evidenciar y clarificar, por contraposición, el modo en que entiende el lenguaje. Abordamos aquí los señalamientos que Bourdieu dirige en el ámbito del lenguaje a: a) el estructuralismo de Saussure, b) la *teoría de los actos de habla* de Austin y c) la *teoría de la acción comunicativa* de Habermas.

En sus análisis sobre el lenguaje, Bourdieu parte de las insuficiencias que encuentra en la teoría de Saussure, a quien señala que su división tajante entre lengua y palabra (*langue* y *parole*) hace que separe la lengua de los factores sociales y culturales y escamotee su naturaleza social, lo que lo lleva a brindar sólo una visión internalista y a centrarse en análisis lingüísticos formales-gramaticales, desconociendo las condiciones socio-históricas de las que surge el lenguaje. El inconveniente que yace en los planteos saussurianos no residiría nada más que en analizar una lengua docta, sino también en que mantendría una relación docta con todos los tipos de lenguas, aprehendiéndolas sólo como códigos, no como lenguas practicadas; Saussure toma en forma excluyente el análisis objetivista de las estructuras lingüísticas, por lo que no puede dar cuenta de las prácticas concretas sino bajo el

modo de relaciones puras entre signos y de ejecución por parte de los hablantes de las propiedades ya ínsitas en las estructuras del lenguaje según Bourdieu. Es por ello que considera que “todos los presupuestos –y todas las dificultades consecutivas– de todos los estructuralismos derivan de esta división originaria entre la lengua y su realización en el habla, es decir en la práctica, y también en la historia, y de la incapacidad de pensar la relación entre las dos entidades de otra manera que como la del modelo y la ejecución, la de la esencia y existencia” (Bourdieu, 2010, 55).

Esto conduce, dentro de la visión estructuralista, a recaer en una aproximación al lenguaje de neto corte teorista según Bourdieu, en la que éste es comprendido como un mero intercambio simbólico, en el que sus demás capacidades quedan relegadas por la función de asegurar la comunicación entre los participantes;

aceptar el modelo saussuriano y sus presupuestos, es tratar el mundo social como un universo de intercambios simbólicos y reducir la acción a un acto de comunicación (...). Para romper con esta filosofía social, hay que mostrar que, por legítimo que sea tratar las relaciones sociales –y las propias relaciones de dominación– como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, no hay que olvidar que esas relaciones de comunicación que son por excelencia los intercambios lingüísticos son también relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza. (Bourdieu, 1982, 13-4)²

En esta crítica está la clave de la perspectiva bourdieusiana: los intercambios lingüísticos no son sólo relaciones de comunicación, sino también relaciones de poder, por lo que todo análisis del lenguaje debe tener en cuenta la estrecha conexión que éste mantiene con las condiciones y relaciones sociales, políticas y económicas en que se da la producción y adquisición del lenguaje. Frente a la concepción estructuralista del lenguaje, Bourdieu toma como modelo a la teoría del segundo Wittgenstein, no tanto porque retome el bagaje conceptual wittgensteiniano (no hay una reapropiación específica de nociones

tales como *juegos de lenguaje*, *formas de vida*, *parecidos de familia*, etc.), sino más bien porque, por una parte, Wittgenstein señala el camino en la denuncia a la falacia –en la que incurriría el estructuralismo según Bourdieu– de transferir un modelo producido en la investigación a una práctica que excluye de por sí la postura teórica propia de la investigación científica (error de deslizarse del modelo de la realidad a la realidad del modelo) y, por la otra parte, porque Bourdieu realza y adopta el modo pragmático, anti-esencialista y anti-substantialista de examinar y comprender los procesos lingüísticos propios de la perspectiva wittgensteiniana tardía (Wittgenstein, 2004; 1994).

En cuanto a la *teoría de los actos de habla* de Austin (Austin, 1962; 1970), Bourdieu le reconoce el hallazgo de haber centrado los estudios en la gran capacidad realizativa del lenguaje, sin embargo, critica que no preste debida atención a las convenciones y condiciones sociales e institucionales que posibilitan el rendimiento del lenguaje: “intentar fundar en el lenguaje el principio y los mecanismos de su eficacia, es olvidar que *la autoridad le viene al lenguaje desde afuera* (...). La eficacia del habla no yace en “expresiones ilocucionarias” ni en el discurso mismo, como sugiere Austin, pues no es otra cosa que el *poder delegado* de una institución” (Bourdieu y Wacquant, 2008, 190). Austin quedaría preso de una visión ingenua acerca de la capacidad realizativa del lenguaje, que lo lleva a entender los actos de habla como entidades con capacidades casi-autónomas y atender sólo a las cuestiones del contexto que atañen en forma directa a las emisiones lingüísticas particulares. La posibilidad de que el lenguaje produzca este hechizo tiene que ver con la *visión escolástica* (*scholé*, concepto del mismo Austin que refiere a la situación de *ingravidéz social* propia del investigador, en la que se dejan de lado las urgencias, quehaceres y coerciones de la vida cotidiana) de la que no se desprendería Austin y originaría su desatención hacia los factores y condiciones sociales que hacen que el lenguaje funcione tal como lo hace. A Bourdieu le interesa retener la fuerza pragmática de la teoría de Austin, pero dotándola de bases más sólidas respecto de las condiciones sociales de producción del lenguaje

a través de un análisis ligado a las nociones de su topología social; “trato solamente de generalizar y de darle a una percepción de la filosofía analítica, un fundamento sociológico del que carece. No critico a Austin; digo que no da cuenta plenamente de las condiciones sociales de posibilidad del proceso que describe” (Bourdieu y Eagleton, 1993, 93).

Bourdieu avanza, entonces, en la línea abierta por la teoría austiniana y señala su acierto en poner en relación la capacidad realizativa del lenguaje con las condiciones de éxito perlocucionario, por oposición a las teorías lingüísticas despreocupadas de la esfera pragmática, pero sostiene que en Austin los componentes de la eficacia simbólica parecen estar en dependencia o incluidos en las emisiones lingüísticas. Por el contrario, para Bourdieu es necesario que la teoría del lenguaje dé cuenta de que la fuerza ilocucionaria remite a condiciones sociales fijadas muchas veces de modo externo al lenguaje, que permiten que un agente y las competencias lingüísticas reflejadas en su discurso posean determinadas fuerzas y propiedades y gocen del reconocimiento de los demás individuos. Así, la endeblez de la teoría de Austin residiría en no prolongar la atención más allá de los condicionamientos sociales extra-locucionarios ligados a determinados factores presentes al momento de la emisión, lo que lo lleva a desatender los efectos que causan las fuerzas y procesos sociales más generales sobre el complejo que representa cualquier acto de habla. Al énfasis micro-social, institucional y con ánimos de formalización de Austin, se le opone la perspectiva macro-social, agonística y esquiva a los formalismos de Bourdieu.

Y respecto de la teoría de Habermas, Bourdieu ve en ella una continuación de las mismas falencias de Austin, en cuanto a que encuentra la fuerza racional propia de las acciones comunicativas en los mismos actos de habla y en las condiciones de la *situación ideal de habla* y no en las condiciones sociales e institucionales de las que dependen los actos de habla. Así, la crítica principal de Bourdieu a Habermas está dada por la idealización del lenguaje que subyace en sus elaboraciones teóricas: “la *idealización* (...) tiene por efecto evacuar prácticamente de las

relaciones de comunicación las relaciones de fuerzas que se realizan allí en una forma transfigurada: prueba de ello es la utilización no crítica de conceptos como el de *illocutionary force* que tiende a colocar la fuerza de las palabras en ellas mismas –y no en las condiciones institucionales de su utilización” (Bourdieu, 1982, 25). Por el contrario, para Bourdieu sentido y violencia, conocimiento y poder, actúan en forma conjunta, lo simbólico no se puede separar de su –aparente– opuesto. Los intercambios simbólicos están atravesados por las demás prácticas del espacio social, intentar separarlos de ellas conduce a caer inevitablemente en divisiones forzadas y omisiones ficticias acerca de las condiciones de uso y funcionamiento del lenguaje y a introducir instancias trascendentales que sólo se realizan en el lenguaje, “estamos tan lejos en este caso de la visión irénica, invocada por Habermas, de un intercambio intelectual sometido a la «fuerza del mejor argumento» (...). No existen universos transhistóricos de la comunicación, como pretenden Apel o Habermas, pero sí formas socialmente instituidas y garantizadas de comunicación” (Bourdieu, 1999, 145-6).³

Asimismo, Bourdieu critica el análisis de Habermas porque se desinteresa de las condiciones económicas y sociales que posibilitan la instauración de la deliberación pública y lo acusa de caer en una *ilusión epistemocéntrica* al desconocer las condiciones fácticas de acceso e intervención en la esfera pública y de incurrir en una doble reducción indebidamente justificada: primero reduce las relaciones de fuerza políticas a relaciones de comunicación y, luego, éstas a relaciones exclusivamente de diálogo racional, lo cual da por resultado que “el análisis de la esencia del lenguaje y la «intercomprensión» (...) se lleva a cabo en una teoría llamada «sociológica» de la comunicación no violenta (...) [que] implica, lisa y llanamente, la desaparición de la cuestión de las condiciones que han de cumplirse, tanto en el orden de las relaciones interindividuales como en el orden político” (Bourdieu, 1999, 91-2). En resumidas cuentas, los principales señalamientos de Bourdieu a la *teoría de la acción comunicativa* apuntan a que en el lenguaje no residen estructuras universales independientes de las demás prácticas sociales, ni es posible atribuirles

una racionalidad transhistórica, y a que la comunicación no es *la* función paradigmática del lenguaje, sino que éste antes que nada actúa de caja de resonancia de las fuerzas que atraviesan el espacio social.

III. Lenguaje, intercambios y dominación simbólicos

En la visión bourdieusiana, entender el lenguaje como una unidad, un *tesoro común*, un reservorio disponible en forma homogénea para todos los agentes, implica pasar por alto la desigual distribución del capital lingüístico y dejar trabajar libremente a la violencia simbólica. Todo lenguaje porta jerarquización y dominación y cumple, entre otras, funciones de legitimación y reproducción de las relaciones de fuerzas presentes en el espacio social, de aquí que Bourdieu se centre especialmente en la economía de las prácticas lingüísticas y en el modo que éstas contribuyen a la dominación simbólica, política y económica. El lenguaje para Bourdieu es más un instrumento de acción y poder que de conocimiento y comunicación, “los discursos no son únicamente (o lo son sólo excepcionalmente) signos destinados a ser comprendidos, descifrados; son también *signos de riqueza* destinados a ser valorados, apreciados y *signos de autoridad* destinados a ser creídos y obedecidos” (Bourdieu, 1982, 59-60). El lenguaje cumple sus funciones simbólicas gracias a las capacidades transformadoras y creadoras que posee, así como también por servir de ámbito de transmisión del poder proveniente de la distribución de fuerzas del espacio social; la conjunción de estos dos aspectos hace que el lenguaje no sea solamente un medio de reproducción de las estructuras sociales ni tampoco actúe como un factor de creación *ex nihilo*.

Dado que Bourdieu entiende el mundo social como voluntad y representación, el lenguaje, en tanto lugar privilegiado de las representaciones y de constitución y expresión de las voluntades, no puede sino ocupar un rol determinante dentro de él, y este rol, a su vez, está unido en forma indisoluble a las luchas de fuerzas y su transformación

en luchas simbólicas. Su concepción agonística de la sociedad se expresa también en la esfera del lenguaje: todo intercambio simbólico está atravesado por las luchas entabladas entre los agentes y grupos por hacerse de la fuerza provista por los modos reconocidos de producción y legitimación simbólicas con el propósito de acceder a una posición hegemónica en el ejercicio de la violencia simbólica. Asimismo, las luchas simbólicas se expresan en los discursos bajo la forma de antagonismos y estrategias en torno de la clasificación y ordenamiento de la realidad social, la institución de grupos y clases, la naturalización de divisiones, etc., todas disputas que se presentan bajo ese modo transformado e irreconocible propio de los fenómenos del mundo simbólico. Debido a esto, al abordar los procesos lingüísticos es necesario para Bourdieu incluir las estructuras de las relaciones de poder y las dinámicas que las caracterizan en el análisis de las relaciones lingüísticas; “es imposible aclarar cualquier acto de comunicación con el análisis lingüístico como única brújula. Incluso el más simple intercambio lingüístico pone en juego una red compleja y ramificada de relaciones de poder históricas” (Bourdieu y Wacquant, 2008, 184-5).

Frente a las teorías de corte comunicacional, para Bourdieu la performatividad de una emisión está en dependencia del poder delegado que posee el emisor; si las palabras ejecutan acciones es porque quien las pronuncia concentra en sí la representación y el capital simbólico acumulado por un determinado grupo. Para que el lenguaje *funcione* ya debe darse un reconocimiento –implícito, olvidado, irreconocible– de la autoridad y superioridad del emisor; cuanto más establecida e institucionalizada esté la jerarquía de la que se vale el emisor en su enunciación, mayor será la eficacia simbólica de sus palabras. Bourdieu expresa esto en tono de ley física: “la eficacia del discurso performativo que pretende hacer advenir lo que enuncia en el acto mismo de enunciarlo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia” (Bourdieu, 1982, 140-1). La alquimia social dada en el lenguaje necesita de condiciones sociales para tener lugar, esas condiciones generalmente están definidas en los discursos de institución, que son discursos que preparan y proveen los medios para constituir

las condiciones de su propia comprobación. Bourdieu emplea el término *institución* en forma dinámica y transitiva (aquello que sirve para instituir algo) y de modo general para referirse a las relaciones sociales estables que proveen a los agentes de diferentes formas de reconocimiento y autoridad. Son las instituciones, entendidas de esta manera, las que otorgan a los emisores el poder para que sus palabras produzcan los efectos buscados; la eficacia simbólica surge de la relación entre las propiedades del discurso, del portavoz, de la institución que lo autoriza a pronunciarlo y de la configuración de fuerzas del espacio social. Con esto, Bourdieu subraya el carácter institucional de los actos realizativos y la importancia de las condiciones sociales en el funcionamiento del lenguaje; el poder simbólico del lenguaje está incardinado en el reconocimiento institucional de las palabras y, principalmente, del emisor indicado a partir de las relaciones y distribuciones estructurales (y no en los propios sistemas simbólicos ni en las fuerzas ilocucionarias por sí mismas).

En cuanto al funcionamiento propiamente dicho del lenguaje, Bourdieu propone un modelo de producción y circulación lingüísticas en que están en relación, por un lado, los *habitus* lingüísticos, entendidos a *grosso modo* como las disposiciones a expresarse de un modo determinado y sobre ciertos temas, y, por el otro lado, las estructuras del mercado lingüístico, en tanto sistema al que están destinadas y donde adquieren valor las producciones lingüísticas. Bourdieu resume esta combinación mediante una sintética fórmula: “lo que quisiera hacer es explicitar un modelo muy sencillo que podría formularse de la siguiente manera: *habitus* lingüístico + mercado lingüístico = expresión lingüística, discurso” (Bourdieu, 1990, 143). El *habitus* lingüístico posee el mismo carácter incorporado, ajeno a la voluntad y la conciencia que las demás disposiciones del *habitus* y es el producto de la transformación de las necesidades y presiones grupales en elecciones y virtudes individuales. En tanto que el *mercado lingüístico* constituye el ámbito en el que las disposiciones y producciones lingüísticas se desempeñan, es el sustrato necesario para que éstas circulen y adquieran valor dentro del espacio social, y está estructurado de acuerdo

con el sistema de relaciones que tiene expresión en él y con la desigual distribución del capital lingüístico. En la producción del discurso importan tanto las competencias del hablante como las determinaciones del mercado lingüístico en y para el que ese discurso es producido; el mercado lingüístico conforma un entramado en que se valoran no sólo las competencias lingüísticas, sino también las condiciones de recepción de las emisiones lingüísticas, la autoridad y legitimidad de quien profiere las palabras, el respaldo institucional y el *status* social (posición económica, sexo, edad, etc.), entre las variables de mayor peso que intervienen en los intercambios lingüísticos.⁴

Las relaciones de dominación producidas por las relaciones de fuerza se transforman dentro del mercado lingüístico en posesión y acumulación de capital simbólico por parte de los agentes y grupos dominantes, en lo cual cumplen una función determinante los factores extra-locucionarios que actúan como condición de posibilidad de la transformación simbólica operada por las prácticas discursivas; “la relación de fuerzas lingüística no se define nunca exclusivamente por la relación entre las competencias lingüísticas en presencia. (...) la imposición simbólica (...) sólo puede funcionar en tanto y en cuanto se reúnan condiciones sociales absolutamente exteriores a la lógica propiamente lingüística del discurso” (Bourdieu, 1982, 68). El sentido y valor de las emisiones lingüísticas dependen, por lo tanto, de la posición que ocupa el hablante dentro del espacio social y de la posesión de capital lingüístico y simbólico adecuados (que, a su vez, siempre tienen por base a los otros tipos principales de capital: económico, social y cultural); por ello, cuando *habitus* y estructuras del mercado lingüístico coinciden, no se requieren coacciones ni censuras de otro tipo, sino que la forma incorporada en los agentes ya genera las disposiciones requeridas, agentes que ven en la apropiación de las competencias lingüísticas legitimadas no un acto de sumisión, sino la posesión de signos de diferenciación y distinción social que les aseguran el reconocimiento.

En relación con lo desarrollado hasta aquí, para Bourdieu el eje pasa, entonces, por desarrollar una *Realpolitik* de las amplias condiciones

sociales, en general, y lingüísticas, en particular, que intervienen en la conformación y valoración de las prácticas discursivas. Antes que centrarse en la fuerza ilocucionaria de las palabras, es necesario actuar políticamente sobre las estructuras sociales objetivas y subjetivas que se presentan como obstáculos específicos a la comunicación racional. Por ello, Bourdieu aboga por la concreción de una *pragmática sociológica* que conduzca a reincorporar las propiedades formales de los discursos, propiedades que son preocupación excluyente de los estudios analíticos, pero sin recaer en la reducción en que estos abordajes suelen incurrir por su desatención de los factores sociales que actúan en el lenguaje:

todas las formas de análisis de los discursos que ponen entre paréntesis, frecuentemente sin siquiera saberlo, todo lo que concierne a las condiciones de producción y de recepción, la mayoría de las veces invisibles, de esos discursos, actúan como obstáculo para la constitución de una verdadera ciencia de los discursos destinada a recobrar en las propiedades más típicamente formales de los discursos los efectos de las condiciones sociales de su producción y circulación. (...) para asentar del modo más completo el método, al afinarlo se deberían multiplicar los estudios de casos, precisando cada vez más el análisis de las propiedades de posición y extrayendo así progresivamente los principios de una verdadera *pragmática sociológica*. (Bourdieu, 2001, 328-30)

En esta propuesta de una *pragmática sociológica* en que derivan las reflexiones bourdieusianas sobre el lenguaje se evidencian con claridad tanto sus preocupaciones por la inclusión y tratamiento de las condiciones sociales que intervienen en el rendimiento simbólico del lenguaje, en detrimento de los enfoques internalistas y comunicacionales, como el *espíritu* científico que lo anima en sus indagaciones sociológicas y lingüísticas, en el sentido de dar prioridad y abogar por la ampliación de la autonomía y los efectos del conocimiento científico respecto de su contexto socio-político de producción. En el análisis lingüístico de Bourdieu queda la impronta de estas elecciones epistemológicas,

realizadas con el propósito de que se plasmen, en definitiva, en un sistema teórico que logre integrar la base y fuerza pragmáticas de las expresiones lingüísticas junto con los procesos de violencia y dominación simbólicas que actúan y configuran en parte el espacio social.

IV. Apreciaciones finales

Para cerrar el artículo, queremos centrarnos en dos puntos que nos resultan de particular interés: por un lado, evaluar en conjunto el modo en que Bourdieu concibe el lenguaje y retoma el legado del *giro pragmático* inicial y, por el otro, exponer las virtudes y riesgos cardinales que encontramos en su original reapropiación.

La perspectiva historicista, sustantiva e inmanente del mundo social de Bourdieu se plasma en el ámbito lingüístico en su visión *no consensualista* y agonística opuesta a la filosofía de la conciencia y al reinado de categorías cognitivas ligadas a la noción de sujeto moderna. Si el sujeto eje de la modernidad poseía una racionalidad fuerte y el lenguaje le servía para expresar los procesos cognitivos y volitivos que se daban en su interior (modelos del lenguaje como *espejo* o como *ropaje* del pensamiento), en Bourdieu, de modo congruente con el *giro pragmático*, el agente se hace junto con las prácticas lingüísticas. Esto otorga un lugar prominente al campo lingüístico dentro de las prácticas sociales y, ya puertas adentro del lenguaje, desplaza los fundamentos mentales y representacionales en favor de los componentes relacionales, disposicionales y los condicionamientos sociales. Contra los enfoques formalistas, internalistas o comunicacionales, tal como vimos, Bourdieu otorga prioridad al tratamiento de los mecanismos sociales que posibilitan el rendimiento simbólico del lenguaje; es infructuoso tratar de comprender los intercambios lingüísticos sin abarcar sus conexiones y mutuos condicionamientos con el conjunto de las prácticas sociales, las estructuras objetivas del campo, las disposiciones socialmente incorporadas y el intento por la *ampliación* de la racionalidad de la que el lenguaje puede formar parte.⁵

El lenguaje es parte primordial de la operación simbólica de *alquimia social* por la que las

relaciones de dominación se tornan legítimas y naturales, si bien ésta no es su única función, se encuentra dentro de las principales debido a que las relaciones de dominación estructurales requieren necesariamente de la dimensión simbólica del reconocimiento y, además, la dominación en forma directa o por la fuerza física retrocede comparativamente frente a los alcances de la dominación simbólica en las sociedades actuales. El lenguaje es tanto instrumento de conocimiento y comunicación como de violencia y dominación simbólicas, participa en la integración cognoscitiva y social a un orden desigual y desempeña un papel importante en la *sumisión dóxica* necesaria para la eficaz tarea de esa dominación caracterizada por presentarse en forma deformada e irreconocible. Las relaciones estructurales de poder y de fuerza asimétricas aquí no quedan excluidas ni son entendidas como opuestas ni contradictorias de las relaciones lingüísticas, sino que se desempeñan como condición de posibilidad para que el lenguaje actúe en forma normal y cumpla eficazmente las funciones simbólicas que le son propias.

Dado que el mundo simbólico es un mundo bifronte, que se conforma por igual de relaciones de fuerza como de relaciones de sentido, todo análisis tiene que incorporar a ambos aspectos para no caer en abordajes parcializados. En Bourdieu hay una superación del modelo intencionalista en lo que refiere a la explicación del significado y de las prácticas lingüísticas y aboga por un abordaje histórico de las prácticas sociales, racionales y lingüísticas vinculado con las desigualdades estructurales de sus contextos de desarrollo y utilización y, por lo tanto, opuesto a idealizaciones o divisiones abstractas abruptas. En este sentido, el *constructivismo estructuralista* y la propuesta de la *pragmática sociológica* de Bourdieu, por un lado, se mantienen fieles a las convicciones originarias del pragmatismo lingüístico de Wittgenstein y Austin y, por el otro, implican una ampliación de la perspectiva pragmática inicial hacia nuevos ámbitos y líneas teóricas. Al resaltar la interdependencia de las funciones simbólicas con las estructuras y dinámicas sociales, Bourdieu retoma, por un lado, la gran capacidad realizativa del lenguaje y sus variados modos de empleo en la *teoría de los actos de habla*—aunque

incurra por momentos en una interpretación parcializada de la dimensión ilocucionaria en ella—⁶ y, por el otro, el modelo anti-representacionista wittgensteiniano en que las prácticas lingüísticas se combinan con las prácticas institucionales y el seguimiento colectivo de reglas. A su vez, el pensamiento bourdieusiano está en tensión permanente hacia las dinámicas que atraviesan los modos efectivos de producción simbólica y no universaliza de manera abstracta una función del lenguaje, ni una forma de institucionalización, en detrimento de las demás; en este sentido, su teoría enriquece y profundiza el calado, en los condicionamientos y funcionamientos lingüísticos, propio de los inicios pragmáticos.

El tratamiento bourdieusiano se destaca por la insistente incorporación de las fuerzas y variables extra-locucionarias de carácter macro-social en el análisis de las prácticas lingüísticas y en ello consideramos que radica el distintivo central de su teoría y también sus principales virtudes y peligros. La atención prestada por Bourdieu a la forma en que intervienen las condiciones sociales generales que atraviesan el espacio social —y no sólo aquellas explícitamente presentes en la interacción entre los hablantes— es indiscutiblemente superior a la mayoría de los autores enrolados en el pragmatismo lingüístico. Bourdieu no termina reconduciendo todo lo social e institucional a las propiedades del lenguaje, ni viceversa; en su *pragmática sociológica* el lenguaje ocupa un lugar de suma importancia, pero lejos está de portar en sí mismo los requisitos para su performatividad dado que no fija las condiciones sobre las que actúa. En la preocupación de Bourdieu por tomar en cuenta en forma basal la participación del lenguaje en los fenómenos de dominación y legitimación reside la especificidad y el mayor rédito de su propuesta, ya que la perspectiva pragmática se abre a las relaciones con un contexto social que no queda reducido a los elementos de la intersubjetividad directa ni es visto como un factor distorsionante a partir de propiedades asignadas de manera formal o ideal al lenguaje. El núcleo de la teoría de Bourdieu está constituido por conjugar los fundamentos teóricos provistos por la perspectiva pragmática con las condiciones y factores macro-sociales que intervienen en la conformación de las

prácticas sociales y, en específico, las prácticas lingüísticas, lo cual significa una línea de apertura de los estudios de base pragmática a esferas y categorías de mayor amplitud que las usualmente abordadas dentro de la tradición analítico-pragmática (en especial las líneas anglosajonas) y así la dota de renovadas posibilidades en la búsqueda de mayores alcances y niveles de integración teóricos.

Esta apertura es, sin duda alguna, rasgo meritorio central en las reflexiones de Bourdieu, si bien en sus posibles continuaciones deben enfrentarse ciertos aspectos que de no ser tratados cuidadosamente pueden derivar hacia interpretaciones deterministas o circulares que sólo entorpecerían las aproximaciones pragmático-institucionalistas al lenguaje. En algunos momentos del análisis bourdieusiano, la explicación de las prácticas lingüísticas parecería bordear una suerte de determinismo ejercido por las condiciones extra-locucionarias, del cual escapa Bourdieu a través de la especificidad que le otorga al campo lingüístico –autonomía relativa al igual que todos los demás campos–, que puede generar diversas producciones a partir de condiciones estructurales similares gracias a la conformación y redistribución del capital y la lógica que son específicos del campo (capital y lógica lingüísticos) y a las diferencias interindividuales entre los *habitus* lingüísticos de los agentes participantes. El *habitus* lingüístico es a la vez adaptativo y transformativo, reproductivo y generativo, repetitivo y creativo, de aquí que el lenguaje también posea una lógica práctica que no se guía exclusiva ni primordialmente por principios economicistas ni de cálculo racional, sino que refiere a procesos que están guiados por un *sentido práctico* no fijado en su totalidad por las condiciones previas o estipulados en forma férrea e inamovible. Atendiendo a esto, es claro que no existe determinismo ni circularidad en la explicación del lenguaje de Bourdieu, aunque sí el riesgo de deslizarse hacia ellos si no se toman debidamente en cuenta ciertos rasgos y elementos de su teoría. Lo que encontramos en la propuesta bourdieusiana es más bien un entramado de conceptos en que evita colocar uno como mero reflejo o apéndice de otros o uno por debajo y como fundamento pre-formador de otros –si bien hay algunos que indudablemente presentan mayor peso en el

conjunto general–, a través de lo cual se mantiene fiel a su forma de pensar relacional y retiene las ventajas de no realizar una concatenación lineal de conceptos, sino de establecer una articulación reticular entre ellos que dota de mayores interconexiones y lazos sólidos a su esquema conceptual.

Toda reinterpretación de la teoría lingüística de Bourdieu debe asumir estos desafíos para, por un lado, potenciar y profundizar *hacia adelante* los aspectos positivos y enriquecedores de su reapropiación del legado pragmático y, por el otro, limitar y no dejar trabajar libremente, *por detrás*, los componentes *riesgosos* implícitos en sus análisis. Tareas no exentas de dificultad, pero que consideramos que bien vale la pena afrontar en orden de retomar de modo productivo la fuerza heurística que yace en los estudios pragmáticos iniciales del lenguaje y de la que es notable subsidiario y continuador el multifacético enfoque bourdieusiano.

Notas

1. Vale señalar que nuestro desafío pasa en parte por poder superar la dificultad de que Bourdieu en su extensa obra no hace un tratamiento particularizado del tema más que en algunos textos específicos –e incluso en varias ocasiones no explícita las fuentes filosóficas con las que trata– y que, si bien cuenta con una primera e influyente formación en filosofía, su contexto inmediato de discusión está dado por el campo de las ciencias sociales. Es claro que consideramos que bien vale realizar el esfuerzo ya que, más allá de estos obstáculos, las elaboraciones de Bourdieu constituyen un aporte interesante para la temática.
2. Aquí cabe dejar nada más que apuntado, pues escapa a nuestros objetivos, que aunque las críticas de Bourdieu tienen asidero, también soslayan algunas precisiones hechas por Saussure acerca del carácter social y vivo de la lengua. Si bien es cierto que Saussure, tras establecer la división ente *langue* y *parole*, privilegia el estudio de la *langue*, no por ello excluye la interrelación existente entre ambas y tampoco obtura toda posibilidad a los estudios que pretendan dar cuenta de esta estructuración dual; “hay, pues, interdependencia de lengua y habla; aquella es a la vez el instrumento y el producto de ésta” (Saussure, 1987, 35).

3. Ya en *Esquisse d'une théorie de la pratique* (en 1972), Bourdieu se distanciaba de aquellas teorías que tienden a interpretar las interacciones sociales sólo en clave de procesos comunicativos despojados de los condicionamientos sociales y critica los intentos de “reducir todas las relaciones sociales a relaciones de comunicación y todas las interacciones a intercambios simbólicos” (Bourdieu, 2010, 227).
4. A través de la conjugación de *habitus* y mercado lingüísticos, lo que pretende Bourdieu es *salvar* ciertos aspectos del estructuralismo que le resultan atinentes (que se reflejan en su visión del mercado lingüístico) y ponerlos en relación con elementos constructivistas, modo en que se expresa, a través de una mirada pragmática, su *constructivismo estructuralista* en el campo de los análisis lingüísticos.
5. Si la razón y el lenguaje pueden cumplir tareas en favor de la ampliación *universal* de acceso a sus productos históricos –en contra de profundizar y perpetuar la dominación, estas funciones tienen que vérselas con las mismas condiciones estructurales que hacen posible la configuración desigual de los campos y la existencia de violencia y dominación simbólicas, por lo que establecer divisiones abruptas entre las diferentes esferas sólo puede conducir a cortes ficticios y entorpecedores desde la óptica bourdieusiana. La introducción de principios racionales y mayores niveles de equidad en las prácticas lingüísticas no pasa por la invocación de las potencialidades racionales que yazcan en el lenguaje o en las capacidades de sus fuerzas ilocucionarias, sino principalmente por las luchas simbólicas efectivas que buscan defender las realizaciones históricas de la razón y el acceso a ellas en mayores condiciones de igualdad para el grueso de los integrantes de la sociedad; cuestiones a las que, dentro del campo lingüístico, atienden los análisis que integran las estructuras y dinámicas de las relaciones de poder simbólico y por lo cual éstos se encuentran en ventaja respecto de aquellos que las excluyen o minimizan en sus investigaciones.
6. Consideramos que la crítica de Bourdieu no está justificada en su totalidad ya que Austin en su teoría también contempla e incluye condiciones sociales e institucionales que deben estar presentes para la concreción exitosa de los actos de habla (no todo el poder de las palabras reside en el propio discurso en la visión austiniana). De todos modos, la preocupación de Austin se dirige casi con exclusividad a las condiciones que deben estar presentes en el contexto mismo de los

intercambios lingüísticos o bien a las condiciones institucionales que están en relación directa con ellos. Es posible reconducir la crítica bourdieusiana hacia un plano más apropiado señalando que el déficit de la teoría de Austin reside en no prolongar la atención más allá de las condiciones y convenciones ligadas a determinados factores institucionalizados y grupos sociales particulares, lo que lo lleva a desatender los efectos que causan las fuerzas y procesos sociales más generales sobre el complejo que representa cualquier acto de habla.

Referencias bibliográficas

- Austin, J. (1962). *Philosophical Papers*. Londres: Oxford University Press.
- . (1970). *How to do Things with Words*. Londres: Oxford University Press.
- Bourdieu, P. (1982). *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*. París: Fayard.
- . (1990). “El mercado lingüístico”. *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- . (1996). “Espacio social y poder simbólico”. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- . (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- . (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- . (2000). *Esquisse d'une théorie de la pratique (précédé de Trois études d'ethnologie kabyle)*. París: Seuil.
- . (2001). *Langage et pouvoir symbolique*. París: Seuil-Fayard.
- . (2005). “Sobre el poder simbólico”. *Intelectuales, política y poder*. Bs. As.: Eudeba.
- . (2007). “Modos de dominación”. *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- . (2010). *El sentido práctico*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Eagleton, T. (1993). “Doxa y vida corriente”. *El cielo por asalto*, n° 5.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Saussure, F. (1987). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, L. (1991). *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa.
- . (2004). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: UNAM/Crítica.

Javier Alegre (pillancho@yahoo.com.ar) es Licenciado en Filosofía (Universidad Nacional del Nordeste - Argentina) y Doctor en Filosofía (Universidad Nacional de La Plata - Argentina). Se desempeña actualmente como docente-investigador en el área de *Filosofía Contemporánea* y como director del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE).

Publicaciones recientes:

_____ (2017). “Fuerza pragmática y carácter institucional del lenguaje: entre la acción comunicativa y el poder simbólico”. En: *Dianoia*,

vol. *LXII*, n° 79. Instituto de Investigaciones Filosóficas – Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Fondo de Cultura Económica (FCE), México, pp. 3-27. ISSN 0185-2450.

_____ (2017). “El trabajo capitalista como fundamento y diagnóstico del mundo moderno: las perspectivas de Locke y Weber”. En: *El concepto moderno de trabajo. Actas de las VI Jornadas Nacionales de Filosofía Moderna*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP). E-book. ISBN 978-987-544-791-2.

Recibido: 20 de febrero de 2018
Aprobado: 12 de diciembre de 2018